

JOSÉ LUIS VEGA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, RÍO PIEDRAS
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO
LORCA Y LA POÉTICA DEL ENIGMA
DE MERCEDES LÓPEZ-BARALT

OTRA VEZ LORCA

30 de noviembre de 2023
Cuartel de Ballajá, Viejo San Juan

«Otra vez Lorca. Otro asedio a su poesía». Con esta advertencia inicia Mercedes López-Baralt su bello libro sobre la poesía de Federico García Lorca. Se propone «agujerear las murallas defensivas» que protegen la poética enigmática del andaluz. La reiteración «otra vez..., otro asedio...» reconoce de entrada el ejército de críticos que también se han apostado ante la obra y la vida del granadino en un intento de rendirlas. Para justificar su magnífica incursión en territorio ocupado, Mercedes López-Baralt se vale de la opinión de Italo Calvino: «un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir».

Es curioso que en español se aplique el término bélico «asediar» al estudio de los hechos literarios y culturales desde diversas perspectivas. Esta acepción no está recogida en el Diccionario académico, que define la palabra en su sentido directo: «cercar un lugar fortificado para impedir que salgan quienes están en él o que reciban socorro de fuera». El giro de la metáfora ha permitido que la acción que propició los

horrores de Troya, la destrucción de Cartago, el arrasamiento de Numancia, la caída de Tenochtitlan, la hambruna de Stalingrado, las masacres de Sarajevo y las que en estos días han tenido lugar en Palestina haya llegado a significar también el deleite de la comprensión poética. En otras lenguas no se asedia a los escritores, en todo caso se hacen aproximaciones, *approach*, en inglés, *approche*, en francés, *approccio* en italiano, pero en español los asediamos.

En 1967 Alonso Zamora Vicente tituló su discurso de ingreso a la RAE «Asedios a *Luces de bohemia*. El primer eserpento de Ramon del Valle Inclán». No digo que este sea el debut de la metáfora, pero probablemente es una de sus primeras manifestaciones en el campo de la crítica literaria. Hoy son incontables los libros y ensayos de crítica literaria y cultural que emplean el concepto. Los asedios son a veces simples recopilaciones de estudios misceláneos sobre un hecho literario o cultural escritos por un mismo autor o por varios. Pero a veces van a más. Luis Perozo Cervantes considera que la crítica genética, ese «avatar moderno de la Filología», es también una forma de asedio, de persecución a la vida del autor, de búsqueda infatigable por descubrir en las cartas, artículos de prensa, diarios personales, álbumes fotográficos, archivos, una huella fresca de la vida del escritor que nos permita sentirle a nuestro lado y entender qué lo convirtió en quien nosotros deseamos leer.

La digresión anterior viene a cuento porque carecemos de una teoría del método del asedio literario, y este libro de Mercedes López-Baralt, podría aportar mucho a esa reflexión, pues la autora, mientras asedia al poeta, va revelando las claves fundamentales de su estrategia. En primer lugar, no oculta su idilio con el andaluz, sino que lo persigue con confesada pasión a lo largo de casi trescientas páginas. En más de una ocasión la he escuchado llamar «novios» a los

poetas y escritores que venera, y a ellos les ha dedicado muchas páginas y algunos libros: Benito Pérez Galdós, Miguel Hernández, Cesar Vallejo, García Márquez, entre otros, y ahora a Lorca, esta voz a él debida, como ella misma sugiere en remedo de Pedro Salinas. En esa relación subjetiva entre la estudiosa y el poeta estriba gran parte del encanto del libro, que no deja de lado los testimonios de veneración de otros igualmente rendidos ante Lorca. Entre ellos, Jorge Guillén, quien declaró que «Junto al poeta —y no solo en su poesía— se respiraba un aura que él iluminaba con su propia luz. Entonces no hacía frío de invierno ni calor de verano: «hacía ... Federico»; o Agustín Peñón que refrasea al pintor José Carazo con aquello de que Lorca «era su mejor poema». Esta veneración a Lorca ha sido crecientemente popular a partir de los años de la transición española, tanto que, en el ámbito hispánico, quizás solo es superada por el culto a la pintora mexicana Frida Kahlo.

Pero Mercedes López-Baralt no solo venera al poeta, también venera a la poesía misma, ese instante que, según Octavio Paz, contiene todos los instantes. El asedio a Lorca es también, entonces, un asedio al fenómeno poético. Para ello, la autora se vale de sus teóricos favoritos y de algunos poetas, que algo tendrán que decir sobre el asunto. La poesía es repetición (Roman Jakobson) cuya interrupción causa sorpresa (Claudio Guillén), es creación rítmica de la belleza, (Edgar Allan Poe) es el grado sumo de la literariedad (Yuri Lotman), es fusión de opuestos (Paz), es «las mejores palabras en el mejor orden» (Coleridge) es sugerencia (Mallarmé), es «música ante todo» (Verlaine), es ensayo de soledad (Lope de Vega, Machado, Cernuda, Palés Matos), y, según el propio Lorca, es «ensueño de lejanía». Fugitiva criatura la poesía, ¿o no? Precisamente, el meollo del libro consiste en

que Mercedes López-Baralt acomete el asedio al enigma de la poética de García Lorca a sabiendas de que el sentido de lo poético siempre es escurridizo, inconquistable del todo.

Tal empresa requiere echar por delante algunas salvedades, o gajes del oficio, como llama la autora a los criterios de interpretación que le son irrenunciables. Según Mercedes López-Baralt todas las interpretaciones de un poema son válidas. O dicho de manera inversa, «no existe interpretación correcta de un poema, sino interpretaciones posibles...», unas más razonadas que otras, por supuesto. Para manejar, y en cierto sentido conjugar, la pluralidad de sentidos que supone lo anterior supone, Mercedes López-Baralt, en su asedio, esgrime el arma de la intertextualidad tal como la define Stephen Gilman, quien afirmó que un autor dialoga con sus propios textos y con textos ajenos, mientras que el lector pone el texto a dialogar con sus propias lecturas. Este dialogismo, este abanico de lecturas posibles, le permite a Mercedes López-Baralt moverse con gracejo sobre el enjambre de interpretaciones o lecturas que la poesía de Lorca ha suscitado. A lo largo del libro la voz de la autora intervine, ya para «poner las cartas sobre la mesa» —frase recurrente en su discurso— frente a la pluralidad de lecturas posibles, ya para establecer cercanías y lejanías respecto a interpretaciones previas de otros críticos: «hasta aquí Fulano, lo que sigue es mío», «sí, pero añadido que...», o «ahora propongo otras interpretaciones, esta vez más». Desde esta perspectiva, el discurso crítico viene a ser a manera de un continuo repaso de la cuestión lorquiana que resulta muy ilustrativo para quienes somos legos en la materia. Para mejor asediar a su poeta, Mercedes López-Baralt resucita, además, el concepto de autor, no sin antes pedirle excusas a Roland Barthes quien lo había declarado muerto. Esta resurrección le permite a

Mercedes López-Baralt entrar, de la mano de Ian Gibson y de otros biógrafos y testigos, en los aspectos sociales, históricos y personales de la vida y la obra de Federico García Lorca, con particular énfasis en su homosexualidad.

Pero el criterio de interpretación fundamental al que recurre Mercedes López-Baralt es la lectura atenta o «close reading» de antigua raigambre filológica, y la cito: «Este enfoque privilegia el comentario textual, proponiendo una explicación minuciosa de los pasajes más significativos del poema elegido, hasta descubrir su propuesta». Con este método de lectura e interpretación la autora ataca a algunos de los poemas fundamentales de Lorca, entre ellos, el más misterioso de todos, su «Romance sonámbulo», pero también, el «Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías», su «Oda a Walt Whitman» y «Pequeño vals vienés», incluida la traducción y la recreación al inglés que Leonard Cohen realizó de este poema. En este caso, Mercedes López-Baralt no solo hace el comentario textual de ambos textos, el de Lorca y el de Cohen, sino que nos regala una muy buena traducción al español de la letra del canadiense. (En este punto me permito insertar una breve acotación herética: A mi juicio, la canción de Cohen supera el poema de Lorca, y eso es ya mucho decir).

A partir de estas prevenciones, Mercedes López-Baralt, a lo largo de trescientas páginas, asedia el misterio y el enigma en la poesía de Federico García Lorca desde diversos ángulos y flancos que ella misma recapitula en la Coda del libro: el mito, el sueño, el duende, el flamenco, el irracionalismo verbal, la intertextualidad hiperbólica, el fragmentarismo del romancero español, la poesía árabe y persa, los clásicos del Siglo de Oro, el simbolismo francés, la vanguardia y el surrealismo, lo que Charles Marcilly llamó «posibilismo múltiple».

tiple» de la realidad, la poesía de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, y la biografía del poeta, particularmente su niñez y su homosexualidad.

El resultado es un libro erudito, ameno y cautivante, que conduce a una inevitable reflexión sobre el problema de la interpretación de la poesía. Creo que al respecto viene a cuento alguna referencia al conocido ensayo de Susan Sontag «Contra la interpretación». Cosas muy duras dijo la escritora norteamericana: «La interpretación hace manejable y maleable al arte. Este filisteísmo de la interpretación es más frecuente en la literatura que en cualquier otro arte». Desde su punto de vista, la función de la crítica, entonces, debiera consistir en mostrar *cómo es lo que es*, inclusive *qué es lo que es* y no en mostrar *qué significa*.

Tengo para mí que Lorca hubiera estado de acuerdo con esta opinión. Mercedes López-Baralt lo sabe, y lo cita, a propósito de su «Romance sonámbulo», aquel tan famoso que comienza «Verde que te quiero verde». Dice el poeta lo siguiente:

Yo quise fundir el romance narrativo con el lírico sin que se perdiera ninguna calidad, y este esfuerzo se ve conseguido en algunos poemas del *Romancero* como el llamado «Romance sonámbulo», donde hay una gran sensación de anécdota, un agudo ambiente dramático, y nadie sabe lo que pasa, ni aun yo, porque el misterio poético es también misterioso para el poeta que lo comunica, pero muchas veces lo ignora.

En este conato de comentario textual de su propio poema, el poeta alude a los principios de la composición, pero no aventura interpretación alguna de su poema. Mercedes López-Baralt se pregunta si Lorca posa, si es ingenuo o si

dice la verdad. Y, en perfecta consecuencia con su método responde, «las tres opciones son válidas, pero me inclino más hacia la tercera». Sin embargo, a renglón seguido, propone una interpretación freudiana del misterio del poema que hubiera estremecido al mismo Lorca:

El subconsciente lorquiano toma por asalto al autor implícito de manera muy intensa en el «Romance sonámbulo» sumergiendo a la conciencia lúcida en un estado de sonambulismo. De ahí que la ambigüedad llegue a límites tan inesperados como sorprendentes en el poema más logrado del libro...

Con esta hipótesis interpretativa por delante asedia el «Romance sonámbulo» a lo largo de cincuenta páginas. Al cabo de su detallado recorrido hermenéutico concluye, y lo escribe en negritas: **«Es evidente, dada esta amplia gama de interpretaciones que la ambigüedad se enseñorea en la poesía lorquiana, contribuyendo a su misterio»**. Debo añadir que, en opinión de Mercedes López-Baralt, la poesía de Lorca es misteriosa por naturaleza, pero también porque el poeta se propone que lo sea. Atribuye la ambigüedad de su poética a varios factores: uno psicológico, su obsesión por la muerte, que es la pregunta de las preguntas; otros culturales, su relación con los cantares flamencos y a la huella de la tradición poética semítica y musulmana.

En este desplazamiento erótico en busca de la interpretación, en este roce continuo con las lecturas del otro y las propias, en este estar entre el misterio y la develación, en este ir y venir de una hipótesis a otra, en este vaivén entre el sentido y lo que se oculta radica, no solo el corazón del libro, sino la actitud y el método de lectura de Mercedes López Baralt, una de nuestras más agudas intérpretes de poemas. Y

dije erótico, a propósito, porque más allá y más acá de la interpretación existe el goce mismo de las palabras del poema, el erofrote al que se refirió Oliverio Girondo. Además, algo erótico hay en todo asedio. Siempre es la escala del deseo lo que nos lleva a apostarnos al pie de las murallas de una ciudad, de una propuesta artística o de un cuerpo. No es casualidad que el aludido ensayo de Susan Sontag culmine proponiendo que, en lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte. En otras palabras, si la poesía es un misterio inconquistable qué nos queda entonces si no el gozo mismo de la lectura.

Pero no es fácil renunciar a la interpretación, y Mercedes López-Baralt nunca lo hace, nunca se rinde. Al cabo de su empresa amorosa, admite, sin embargo, que «buena parte del misterio de la poesía lorquiana ha quedado intacto, y añade, como debe ser». La plaza asediada no ha sido conquistada, sus murallas no han sido penetradas por completo, pero el esfuerzo, en sí y por sí mismo, ha sido gozoso, tanto para la autora como para nosotros, sus lectores.